

iba á encontrarse muy pronto con el ejército francés. En efecto, había llegado ya al fuerte de El-Arisch, primer puesto francés en la frontera de Siria, y le había intimado la rendición. Kléber, sabedor de esta circunstancia, escribió á Desaix, prescribiéndole que exigiese como condición indispensable de toda negociación que el ejército turco se detuviese en la frontera.

El primer punto, que era la partida de los heridos y de los sabios, dependía exclusivamente de sir Sidney Smith, quien consintió en ella con la mayor eficacia y cortesanía. En cuanto al armisticio, declaró que iba á solicitarlo, pero que no dependía de él el conseguirlo, puesto que el ejército turco se componía de hordas bárbaras, y era asunto difícil ajustar con ellas convenios regulares, y sobre todo asegurar su cumplimiento. Para zanjar esta dificultad resolvió trasladarse al campo del visir, situado en las cercanías de Gaza. Quince días habían pasado en efecto desde que comenzaron las negociaciones á bordo del *Tigre*, navegando á merced de los vientos entre las costas del Egipto y de la Siria; habíase dicho cuanto había que decir, y los tratos no podían avanzar un punto sin que entrase en ellos el gran visir en persona. Propuso, pues, sir Sidney pasar él en su busca, convenir en una suspensión de armas y disponer la trasladación de los negociadores franceses si creyese que podía ofrecerles seguridad y respeto. Aceptóse esta proposición, y aprovechando sir Sidney un momento favorable, aportó á la costa en una barca, no sin correr algún peligro, y citó al comandante del *Tigre* para el puerto de Jaffa, donde Poussielgue y Desaix debían tomar tierra si se trasladaba el punto de las conferencias al campamento del gran visir.

Llegó el comodoro inglés cerca de éste cuando acababa de acaecer un suceso espantoso en El-Arisch. El ejército turco, compuesto por lo general de esas milicias asiáticas que las leyes musulmanas ponen á disposición del sultán, aunque había en él bastantes genizaros, ofrecía una masa confusa é indisciplinada, formidable á todos cuantos vestían traje europeo. Había sido levantada aquella horda en nombre del Profeta, diciendo á los turcos que aquel era el último esfuerzo que se hacía para arrojar del Egipto á los infieles desamparados ya por el temible *Sultán de fuego*, que era Bonaparte; que se hallaban éstos débiles y desalentados, bastando mostrarse á ellos para vencerlos; que todo el Egipto estaba pronto á alzarse contra su dominación, etc.; y estas cosas y otras por el mismo estilo, repetidas en todas partes, habían atraído á militar bajo el gran visir á sesenta ú ochenta mil musulmanes fanáticos é iracundos. Juntáronse á los turcos los mamelucos; Ibrahim Bey, retirado en la Siria de algún tiempo atrás, y Murad-Bey, que había bajado haciendo un gran rodeo desde las cataratas á las cercanías de Suez, se habían convertido en auxiliares de sus antiguos competidores. Los ingleses habían introducido en aquel ejército una especie de artillería de campaña tirada por mulas. Los árabes beduinos con el cebo de saquear los vencidos, fuesen los que quisieran, pusieron á disposición del visir quince mil camellos para ayudarle á atravesar el desierto que separa el Egipto de la Palestina. Tenía el generalísimo turco en su estado mayor semibárbaro algunos oficiales ingleses, y varios de aquellos culpables emigrados que habían enseñado á Djézzar el arte de defender á San

Juan de Acre. Vamos á ver de qué fueron causa aquellos tráfugas miserables.

El fuerte de El-Arisch, delante del cual acampaban los turcos en aquel momento, era, según había dicho el general Bonaparte, una de las dos llaves de Egipto, siendo la otra Alejandría. Según su opinión, las tropas que acudiesen allí por mar, sólo en la playa de Alejandría podían desembarcar en número crecido, y las que fuesen por tierra atravesando el desierto de Siria tenían que pasar por El Arisch para templar la sed en los pozos que hay en aquel punto. Por esta razón había mandado hacer grandes obras de fortificación alrededor de Alejandría y puesto en estado de defensa el fuerte de El-Arisch. Guarnecíale una fuerza de trescientos hombres, provistos de víveres y municiones, al mando de un valeroso oficial llamado Cazals. La vanguardia turca se había adelantado hasta El-Arisch, y el coronel Douglas, oficial inglés al servicio de Turquía, intimó al comandante Cazals la rendición. Fué portador de la intimación un emigrado francés disfrazado. Entabláronse conferencias, y se dijo á los soldados que la evacuación del Egipto estaba cercana, que se anunciaba ya como cosa resuelta, que en breve sería inevitable, y por último que era una crueldad quererlos obligar á defenderse. Declaráronse entonces los culpables sentimientos que los mismos jefes habían fomentado en el ejército; los soldados que guarnecían á El-Arisch, llenos como todos sus compañeros de anhelo por salir de Egipto, manifestaron al comandante que no querían pelear y que era preciso tratar de entregar el fuerte. Lleno de indignación el valiente Cazals, los juntó, les habló con noble lenguaje, díjoles que si entre ellos había algunos cobardes, podían salir de la guarnición y pasar al campo del turco, que él mismo los autorizaba á hacerlo, y que por su parte se resistiría hasta morir con los franceses que permanecieran fieles á su deber. Estas palabras despertaron momentáneamente en el corazón de los soldados el sentimiento del honor; se rechazó la intimación con energía, y comenzó el ataque. Los turcos no eran capaces de tomar una posición que ofreciese algo de resistencia; las baterías del fuerte acallaron todos sus fuegos. Sin embargo, dirigidos por oficiales ingleses y por los emigrados, habían logrado llevar sus trincheras hasta el ángulo saliente de un baluarte. El comandante dispuso la salida de unos cuantos granaderos con objeto de repeler á los turcos de la primera trinchera; el capitán Ferray, encargado de dirigirla, fué seguido por tres granaderos únicamente, y viéndose abandonado volvió al fuerte. Entretanto los sediciosos derribaron la bandera, pero un sargento de granaderos volvió á enarbolarla; de resultas de esto se trabó una riña, durante la cual los infames que querían rendirse echaron cuerdas á algunos turcos, é introducidos en el fuerte estos feroces enemigos, cayeron sable en mano sobre los desgraciados que les habían facilitado la entrada y degollaron á gran parte de ellos. Los demás, vueltos de su error, se juntaron al resto de la guarnición, y después de defenderse como desesperados fueron casi todos pasados á cuchillo. Obtuvieron capitulación unos pocos por mediación del coronel Douglas, y gracias á éste salvaron la vida.

Así fué entrado el fuerte de El-Arisch, siendo aquel el primer efecto del lastimoso estado de los ánimos en

el ejército y el primer fruto que los jefes recogían de sus propios yerros.

Era el 30 de diciembre (9 de nivoso), y la carta escrita por sir Sidney Smith al gran visir proponiéndole una suspensión de armas no había podido llegar á tiempo de precaver el doloroso acontecimiento de El-Arisch. Sir Sidney Smith era hombre de sentimientos generosos, y aquella bárbara matanza de toda una guarnición francesa le indignó y le hizo temer sobre todo el rompimiento de las negociaciones. Apresuróse á enviar explicaciones á Kléber, así en su nombre como en el del gran visir, añadiendo una seguridad formal de que durante las negociaciones no habría más hostilidades.

Al aspecto de aquellas hordas, que más bien parecían tribus salvajes errantes que un ejército que marchaba al combate, que se batían entre sí por la noche disputándose los víveres ó el agua de los pozos, concibió sir Sidney Smith algunos temores respecto á los plenipotenciarios franceses. Exigió que las tiendas en que se les había de recibir se dispusiesen en el cuartel mismo del gran visir y del reis-effendi, presentes ambos en el ejército: que alrededor de dichas tiendas se colocase una guardia de tropas escogidas; hizo levantar las suyas en un paraje inmediato, y por último echó mano de un destacamento de marinos ingleses para asegurar su propia persona contra toda sorpresa y asegurar también á los oficiales franceses confiados en su palabra. Tomadas estas precauciones, envió á buscar á Jaffa á Poussielgue y á Desaix para traerlos al lugar de las conferencias.

Al saber Kléber el degüello de El-Arisch procuró refrenar su mucha indignación por temor de que se malograsen las negociaciones, si manifestaba sobre aquel suceso todo su resentimiento. Reclamó con más calor todavía la suspensión de armas, y así por precaución como para aproximarse más al lugar de las conferencias, dejó el Cairo y trasladó su cuartel general á Salahieh, en la frontera misma del desierto y á dos jornadas de El-Arisch.

Entretanto Desaix y Poussielgue, detenidos por vientos contrarios, no habían podido desembarcar en Gaza hasta el 11 de enero (21 nivoso), ni llegar á El-Arisch antes del 13. Comenzaron las conferencias desde su llegada, é indignado Desaix estuvo á punto de romper las negociaciones. Aquellos turcos, bárbaros é ignorantes, interpretando á su modo la conducta de los franceses, veían en su disposición á tratar, no su desmedido deseo de volver á Francia, sino el miedo de entrar en combate; por lo cual exigían que se entregase todo el ejército prisionero de guerra. Quiso Desaix poner término al punto á toda clase de parlamento; pero medió sir Sidney, procuró conciliar á ambas partes, y les propuso condiciones decorosas, si es que podía haberlas tales para semejante resolución. No era ya posible proponer las primeras condiciones de Kléber, y bien lo conocía este mismo desde las cartas que le escribieron á bordo del *Tigre*, por lo cual no hablaba de las islas venecianas, ni de Malta, ni del abastecimiento de estos puntos. No obstante, para hacer su capitulación más honrosa, seguía instando en la condición de que la Puerta se separase de la triple alianza. Este extremo podía muy bien negociarse en El-Arisch, por hallarse presentes el gran visir y el reis-effendi, pero no se le podía exigir al

negociador inglés, cuya intervención era sin embargo indispensable. Por lo tanto, esta condición quedó á un lado como las demás, reduciéndose aquel trato á un vano artificio empleado por Kléber y sus consejeros contra sí mismos para disfrazar á sus propios ojos la indignidad de su conducta.

Vino por último á tratarse sencillamente de la evacuación y de sus condiciones. Después de prolongados debates, se convino en que cesaría toda hostilidad por espacio de tres meses; que emplearía este tiempo el visir en reunir en los puertos de Roseta, Abukir y Alejandría la escuadra para el transporte de nuestro ejército, y el general Kléber en evacuar el Nilo superior, el Cairo y las provincias cercanas y en reconcentrar sus tropas en los puntos de embarco; que los franceses saldrían con armas y bagajes, esto es, con los honores de la guerra; que se llevarían las municiones que hubiesen menester, dejando las restantes; que contando desde el día que se firmase el convenio dejarían de imponer contribuciones, y dejarían á la Puerta el cobro de las devengadas; pero que en cambio el ejército francés recibiría tres mil bolsas, que equivalían á la sazón á tres millones de francos, y representaban la suma necesaria para su manutención durante la salida y travesía. Los fuertes de Katieh, Salahieh y Belbeis, que formaban el linde del Egipto por el lado del desierto de Siria, debían ser devueltos diez días después de la ratificación, y el Cairo á los cuarenta. Convino en que el general Kléber exclusivamente, sin acudir al gobierno francés, daría dicha ratificación en el término de ocho días; y por último, sir Sidney Smith se comprometía en su nombre y en el del comisionado ruso á proveer de pasaportes al ejército para que pudiese atravesar por los cruceros ingleses.

Cometieron en esto los comisionados franceses un error de forma bastante grave. La firma de sir Sidney Smith era indispensable, porque sin ella quedaba interceptada la mar, y nada parecía más natural que exigir que firmase el convenio el que había sido su principal negociador. De ese modo se hubiera aclarado el misterio de su autorización; se hubiera visto que el comodoro inglés, que había tenido en otra ocasión poderes para tratar con la Puerta, había dejado ya de tenerlos desde la llegada de lord Elgin á Constantinopla como ministro, que no estaba revestido de ninguna instrucción especial para el caso presente, y que sólo tenía meras presunciones, aunque fundadas, de que su conducta sería aprobada en Londres. Poco entendidos en los usos diplomáticos, creyeron los plenipotenciarios franceses que sir Sidney Smith estaba autorizado para dar los pasaportes que ofrecía y que semejantes pasaportes serían válidos.

El proyecto del convenio quedaba terminado y no faltaba más que firmarle; pero mucho repugnaba al corazón generoso de Desaix el papel que le obligaba á hacer. Antes de escribir su nombre al pie de semejante acto, despachó á su edecán Savary, le mandó que pasase al cuartel general de Salahieh donde se hallaba Kléber, que le comunicase el proyecto de convenio y le manifestase que estaba resuelto á no firmarle si no recibía de él orden expresa y terminante de hacerlo. Partió Savary, llegó á Salahieh y desempeñó la comisión que se le había encargado; Kléber, que reconocía confusa-

mente su falta, quiso para justificarla reunir un consejo de guerra, para el cual convocó á todos los generales del ejército.

Reunióse el consejo el 21 de enero de 1800 (1.º pluvioso del año VIII). Aún existe el acta de aquella deliberación, y es por cierto doloroso ver en ellas que hombres valientes que habían derramado su sangre y que iban á derramarla nuevamente por su patria, se resolviesen á acumular tanta falsedad indigna para disfrazar una vergonzosa flaqueza. Sirva este ejemplo de lección á los militares, y aprendan éstos que no basta la serenidad en la lid, y que el saber arrostrar las balas es la menor de las virtudes impuestas á su noble profesión. Dióse importancia en el consejo de guerra á la noticia, sabida entonces en Egipto, de que la gran escuadra franco-española había vuelto á entrar del Mediterráneo en el Océano, por lo cual no había ya que esperar auxilio ninguno de la Francia; alegráronse como prueba de esta consecuencia los cinco meses transcurridos desde la salida del general Bonaparte, y durante los cuales no se había recibido noticia alguna. Sirvió también de argumento el desánimo del ejército que ellos mismos habían contribuído á introducir; citaron lo que acababa de suceder en Roseta y Alejandría, cuyas guarniciones habían hecho lo mismo que la de El-Arisch, amenazando rebelarse si no se las restituía inmediatamente á Europa; pretendieron que el ejército activo había quedado reducido á ocho mil hombres; exageraron desmesuradamente las fuerzas del ejército turco; hablaron de una supuesta expedición que sólo existía en el acalorado cerebro de los que querían desamparar el ejército á toda costa; establecieron como positiva la imposibilidad de resistirse, aserto que en breve debían desmentir de un modo heroico los mismos que ahora le alegaban; por último, para ceñirse hipócritamente en todo lo posible á las instrucciones del general Bonaparte, alegráronse algunos casos de peste, que además de ser sumamente dudosos, ignoraba de todo punto el ejército.

Entretanto, á pesar de cuanto acababa de decirse, los partidarios de la evacuación estaban muy distantes de conformarse con las instrucciones que el general Bonaparte había dejado. Sus condiciones fueron: 1.ª, que no hubiese llegado orden ninguna ni socorro de ninguna especie para la primavera de 1800; 2.ª, que la peste hubiese causado un estrago de mil quinientos hombres además de las pérdidas de la guerra; 3.ª, que fuese el peligro tan inminente que hiciera imposible toda resistencia; y encargó además que, aun verificadas estas circunstancias, se procurase ganar en la negociación y no se consintiese en el desamparo de la conquista sino con la cláusula de ser ratificado por la Francia. Ahora bien: nos hallábamos aún en enero del año 1800, no había peste, no había peligro inminente, y sin embargo se trataba de una evacuación inmediata sin noticia siquiera de la metrópoli.

El general Davout, más adelante mariscal y príncipe de Eckmühl, hombre que mostró en la guerra una cualidad preferible al valor mismo, que es la fuerza de carácter, fué el único que osó resistir á aquella culpable seducción. No temió oponerse abiertamente á Kléber, cuyo ascendiente dominaba á todos, y combatió con energía el proyecto de capitulación; pero fué desoído, y por una condescendencia lastimosa consintió en firmar

la resolución del consejo de guerra, dejando escribir en su acta que había sido aprobada por unanimidad.

No obstante, Davout llamó aparte á Savary, y le encargó que asegurase á Desaix que si quería romper la negociación no le faltaría apoyo en el ejército. Volvió Savary al campo de El-Arisch, contó á Desaix lo que había ocurrido y lo que Davout le había encargado decirle; pero leyendo Desaix al pie de la deliberación el nombre de Davout, le contestó con viveza: «¿De quién quiere usted que yo me fie cuando el mismo que desaprueba el convenio no se atreve á ajustar su firma á su opinión? ¿Quiere que yo desobedezca, y no se atreven á sostener hasta el fin el dictamen que han dado al principio?» Desaix cedió al torrente general lleno de desconsuelo, y firmó también el 28 de enero aquel malhadado convenio, célebre después bajo el nombre de convenio de El-Arisch (8 pluvioso).

No bien quedó firmado, comenzaron á experimentar-se sus graves consecuencias. Desaix, de vuelta al campo, se expresaba sobre lo ocurrido con el mayor dolor, sin rebozar su profundo sentimiento de que se le hubiese escogido para semejante misión y obligado á cumplirla con una orden del general en jefe. Davout, Menou y otros cuantos se desahogaban con amargas quejas, y empezaba á manifestarse por todas partes la escisión en el campamento de Salahieh.

Entretanto todo se disponía para la partida; en el ejército reinaba general alegría con la idea de abandonar aquellas ingratas playas y volver á ver pronto el suelo francés. Sir Sidney Smith se hallaba otra vez á bordo; el visir iba adelantando y tomando posesión de todas las posiciones atrincheradas de Katie, Salahieh y Belbeis, una después de otra, entregándose las Kléber fielmente en su premura de realizar el convenio. Kléber volvía al Cairo para tomar sus últimas disposiciones, hacer que se le reuniesen las tropas que custodiaban el alto Egipto, reconcentrar su ejército y encaminarle después hacia Roseta y Alejandría en las épocas convenidas para el embarco.

Mientras pasaban en Egipto estos sucesos, consecuencias funestas de un sentimiento que los oficiales del ejército debieron sofocar en vez de fomentarlo, verificábanse en Europa otros sucesos, que eran consecuencia precisa de las mismas causas. En efecto, llegaron, según dijimos á París y á Londres á un tiempo mismo las cartas y despachos duplicados enviados de Africa. El parte acusador dirigido contra el general Bonaparte y destinado al Directorio, fué entregado al mismo general, jefe ya del gobierno. Grande enojo le causó aquel cúmulo de falsedades y flaquezas, pero conocía lo necesario que era Kléber al ejército, apreciaba las grandes cualidades de este general, y no previendo que el desaliento pudiera llegar hasta el extremo de abandonar el Egipto, disimuló sus justos resentimientos; apresuróse á enviarle de Francia las necesarias instrucciones y el anuncio de los poderosos auxilios que le destinaba.

El gobierno británico, que había recibido los despachos de Kléber duplicados y gran número de cartas escritas por los oficiales á sus familias, mandó por su parte publicar todos aquellos documentos, con objeto de hacer patente á la Europa la situación de los franceses en Egipto y de indisponer á los generales Kléber y Bonaparte. Para una potencia enemiga no podía ser

el cálculo más sencillo. Al mismo tiempo había recibido noticia el gabinete inglés de las invitaciones hechas por Kléber al gran visir y á sir Sidney Smith. Creyendo que el ejército francés se hallaba en el último apuro, se apresuró á enviar orden formal de que no se le concediese capitulación alguna, á menos de entregarse como prisionero de guerra. Mr. Dundas llegó á servirse de expresiones odiosas, hablando acerca de esto en la misma tribuna del parlamento. «Es preciso, dijo, hacer un escarmiento con ese ejército que en plena paz ha querido invadir los dominios de nuestros aliados. El interés de la humanidad pide su destrucción.»

Este lenguaje bárbaro pinta la violencia de las pasiones que dominaban á la sazón á las dos naciones. El gabinete inglés tomó al pie de la letra las exageraciones de Kléber y de nuestros oficiales; consideró á los franceses como reducidos á someterse á todas las condiciones que se les quisieran imponer, y sin prever lo que pasaba, cometió la ligereza de dar á lord Keith, que mandaba en jefe las fuerzas navales del Mediterráneo, orden absoluta de no firmar ninguna capitulación sin la condición expresa de retener prisionero al ejército francés.

Esta orden, enviada de Londres el 17 de diciembre, llegó á poder del almirante Keith en la isla de Menorca á principios de enero de 1800, y el 8 del mismo mes comunicó el almirante á sir Sidney Smith con toda premura las instrucciones que acababa de recibir de su gobierno. Para atravesar el Mediterráneo, sobre todo en aquella estación, se necesitaba tiempo, por lo cual las comunicaciones de lord Keith sólo llegaron el 20 de febrero á manos de sir Sidney Smith. Grande fué el pesar de éste: había obrado sin instrucciones terminantes de su gobierno, contando siempre con que serían aprobados sus actos, y se hallaba ahora comprometido con los franceses, pues obedeciendo á las últimas órdenes, podían acusarle aquéllos de deslealtad. Por otra parte, instruído más á fondo del verdadero estado de las cosas, sabía bien que Kléber jamás consentiría en entregarse prisionero de guerra, y veía de todo punto comprometido el convenio de El-Arisch, tan diestramente forjado sobre una debilidad momentánea. Apresuróse á escribir á Kléber manifestándole el pesar con que se hallaba, advirtiéndole lealmente de cuanto ocurría, pidiéndole que se suspendiese inmediatamente la entrega al gran visir de las plazas egipcias, y amonestándole por fin con toda clase de súplicas á que esperase la llegada de nuevas órdenes de Inglaterra antes de tomar una resolución definitiva.

Por desgracia, cuando llegó al Cairo la comunicación de sir Sidney Smith el ejército francés había ya cumplido en parte el convenio de El-Arisch. Acababa de entregar á los turcos todas las posesiones de la ribera derecha del Nilo, Katieh, Salahieh y Belbeis, y algunas otras del Delta, especialmente la ciudad de Damieta y el fuerte de Lesbeh. Las tropas iban ya la vuelta de Alejandría con sus bagajes y municiones; la división del alto Egipto había entregado á los turcos el Nilo superior, y se replegaba hacia el Cairo para reunirse junto al mar con el resto del ejército. Desaix, aprovechando la orden que había recibido de volver á Francia, y no queriendo participar de los pormenores de aquella vergonzosa retirada, partió con Davout, el cual por su

parte no podía permanecer ya al lado de Kléber. Éste, que había olvidado sus pasadas desavenencias, quiso retenerle, y le ofreció el grado de general de división, que por su calidad de gobernador del Egipto estaba autorizado á conferir. Davout le rehusó diciendo que no quería que su ascenso llevase la fecha de un acontecimiento tan afrentoso para su patria; pero mientras se embarcaban él y Desaix, Mr. de Latour-Maubourg, que llegaba de Francia con los despachos del primer cónsul, los encontró en la playa é hizoles sabedores de la revolución del 18 brumario y de la promoción del general Bonaparte al poder supremo. De modo que Kléber llegó á saber en el momento mismo en que acababa de abandonar las posiciones fortificadas la anulación del convenio de El-Arisch y la noticia no menos grave para él del establecimiento del gobierno consular. Pero aquel corazón magnánimo había pagado ya á la debilidad del hombre el último tributo, un ofrecimiento deshonroso iba ahora á hacer que Kléber recordase su dignidad y á convertirle en un héroe, que es lo que verdaderamente era. Precisaba en el estado actual de las cosas, ó entregarse prisionero, ó defenderse en una situación más desventajosa que la que el consejo de guerra de Salahieh acababa de declarar insostenible; era forzoso, ó someterse al deshonor, ó aceptar una lucha desesperada: no vaciló Kléber, y ahora veremos cómo á pesar de su situación crítica supo hacer lo que él mismo había juzgado imposible algunos días antes, desmintiéndose á sí propio de la manera más noble.

Envió al punto contraórdenes al ejército deshaciendo todo lo que acababa de mandar. Trajo del bajo Egipto hasta el Cairo una parte de las tropas que habían ya bajado al Nilo; hizo volver á subir sus municiones; mandó que la división del alto Egipto se le reuniese sin tardanza, é intimó al gran visir que suspendiese su marcha hasta el Cairo, sin lo cual comenzaría él inmediatamente las hostilidades. Respondióle el gran visir que el convenio de El-Arisch estaba firmado, y que debía cumplirse; y que por consiguiente continuaría avanzando hacia la capital. Al mismo tiempo llegó al cuartel general un oficial procedente de Menorca, portador de una carta de lord Keith á Kléber. Dicha carta contenía entre otras expresiones las siguientes: «He recibido órdenes terminantes de S. M. Británica para no consentir que se haga capitulación ninguna con el ejército que usted manda, á menos que someta las armas, se entregue prisionero de guerra y abandone todos los buques que contiene el puerto de Alejandría.»

Kléber, indignado, mandó copiar la carta de lord Keith en la orden del día, añadiendo estas sencillas palabras:

¡SOLDADOS! A SEMEJANTES INSOLENCIAS NO SE RESPONDE SINO CON VICTORIAS; DISPONEOS Á COMBATIR.

Este noble lenguaje halló eco en todos los corazones. Mucho había cambiado la situación desde el día 28 de enero en que se firmó el convenio de El-Arisch. Entonces eran nuestras todas las posiciones fortificadas del Egipto; dominábamos á sus pobladores sojuzgados y pacíficos; el visir se hallaba al otro lado del desierto; ahora, por el contrario, acabábamos de entregar los puestos más importantes; sólo ocupábamos la llanura; la población estaba por doquiera alerta; el pueblo del

Cairo, alarmado con la presencia del gran visir que estaba á cinco horas de camino, sólo esperaba la primera señal para amotinarse. El lúgubre cuadro trazado por el consejo de guerra en que se debatió el convenio de El-Arisch, aquel cuadro desconsolador, falso entonces, era rigurosamente fiel ahora. El ejército francés iba á combatir en la llanura que riega el Nilo, teniendo al frente al visir con ochenta mil hombres, y á sus espaldas los trescientos mil habitantes del Cairo dispuestos á levantarse; y á pesar de eso no había en él pavora: ¡gloriosa reparación de un grande yerro!

Acudieron los agentes de sir Sidney Smith para mediar entre los franceses y los turcos y producir nuevas palabras de acomodo y concordia. Decían que acababa de escribirse á Londres; que cuando el convenio de El-Arisch fuese allí sabido, obtendría de seguro la ratificación, y que en situación semejante era preciso suspender las hostilidades y esperar. No se oponían á esto el gran visir ni Kléber, pero querían que fuese con condiciones inconciliables. Pretendía el gran visir que se le entregase el Cairo; Kléber, por el contrario, que el visir retrocediese hasta la frontera. En tal situación no había más recurso que las armas.

El 20 de marzo de 1800 (29 ventoso del año VIII), antes de quebrar el día, salió el ejército francés del Cairo y se desplegó por las fértiles llanuras que riega el Nilo, teniendo á la izquierda el río, á la derecha el desierto, y al frente, á gran distancia, las ruinas de la antigua Heliópolis. La noche, que es casi luminosa en aquellos climas, facilitaba las maniobras, sin que pudiese, no obstante, apercibirse de ellas el enemigo. Formó el ejército en cuatro cuadros: dos á la izquierda á las órdenes del general Reynier, y otros dos á la derecha mandados por el general Friant. Componíanse de dos medias brigadas de infantería cada uno, formadas en diversas líneas. Ocupaban los ángulos, y por la parte de afuera, las compañías de granaderos, pegadas á los mismos cuadros, sirviéndoles de refuerzo para las marchas y las cargas de caballería, y destacándose para acudir al ataque de las posiciones defendidas, siempre que el enemigo intentase resistirse en algún punto. En el centro de la línea de batalla, es decir, entre los dos cuadros de la izquierda y los dos de la derecha, estaba dispuesta la caballería en masa compacta con la artillería volante sobre sus alas (1). Detrás y hacia la izquierda, á cierta distancia, había un quinto cuadro, menor que los otros, destinado á servir de reserva. Podían valuar en unos diez mil hombres, poco menos, las tropas que Kléber acababa de reunir en la llanura de Heliópolis; reinaba entre ellas una serenidad imperturbable.

Al romper el día, Kléber, que desde que era general en jefe desplegaba en su persona cierto lujo para imponer á los egipcios, se mostró revestido con un rico uniforme, montado en un corcel de aventajada marca, haciendo ver á sus soldados aquel noble semblante que contemplaban ellos tan de grado, y cuya varonil belleza infundía en sus pechos la confianza. «Amigos míos, les dijo recorriendo sus filas, ya no poseéis en Egipto más terreno que el que pisáis. ¡Si retrocedéis un solo paso, estáis perdidos!» Su presencia y sus pala-

(1) Mandaba la fuerza de caballería el general Leclerc, y sosteníanle, además de la artillería, dos divisiones del regimiento de dromedarios. (N. del T.)

bras fueron recibidas por todas partes con el mayor entusiasmo, y así que amaneció dió orden de avanzar.

No se divisaba todavía más que una parte del ejército del visir. Distinguíase en la gran llanura del Nilo, tendida á nuestra vista, el pueblo de El-Matarieh, que los turcos habían atrincherado. Había en él una vanguardia de cinco á seis mil genízaros, soldados excelentes, escoltados por unos mil jinetes. Algo más allá parecía advertirse otro destacamento que intentaba deslizarse por entre el río y nuestra ala izquierda, con el visible objeto de ir á insurreccionar el Cairo á nuestra espalda. Frente por frente y mucho más lejos descubrían las ruinas de la antigua Heliópolis, y un bosque de palmeras, que unidas á las violentas sinuosidades del terreno ocultaban á la vista de nuestros soldados el grueso del ejército turco. Podían ascender á unos setenta ú ochenta mil hombres todas aquellas fuerzas reunidas, entre el cuerpo principal, el pequeño situado en El-Matarieh y el destacamento que marchaba para penetrar en el Cairo.

La primera disposición de Kléber fué cargar con un escuadrón de guías al destacamento que maniobraba hacia nuestra izquierda para introducirse en aquella ciudad. Arrancaron los guías á galope contra aquella fuerza confusa; los turcos, que jamás temían á la caballería, recibieron el choque y cargaron á su vez; envolvieron completamente á los nuestros, y aún los hubieran derrotado á no enviar Kléber á su socorro al regimiento 22 de cazadores y al 14 de dragones, que cerrando con aquella masa compacta y desordenada que envolvía á nuestros guías, la dispersaron á sablazos y la pusieron en fuga. Entonces los turcos aventados desaparecieron al punto de nuestra vista.

Inmediatamente mandó Kléber asaltar el pueblo atrincherado de El-Matarieh, antes que tuviese tiempo de acudir el grueso del ejército enemigo. Dió el encargo al general Reynier con los dos cuadros de la izquierda, y él por su parte, haciendo un movimiento de conversión con los dos cuadros de la derecha, se situó entre El-Matarieh y Heliópolis para impedir al ejército turco que socorriese á la posición atacada.

Reynier, al llegar cerca de El-Matarieh, destacó las compañías de granaderos que reforzaban los ángulos de los cuadros, y los mandó asaltar el pueblo. Avanzaron dichas compañías formando dos pequeñas columnas; pero los valientes genízaros no quisieron esperarlas, y salieron á su encuentro. Nuestros granaderos, recibiéndoles á pie firme, hicieron contra ellos una descarga á quemarropa, derribaron á muchos y después cerraron á la bayoneta calada. Mientras la 1.ª columna de granaderos atacaba á los genízaros de frente, embestidos la 2.ª por el flanco, y acababa de ponerlos en dispersión. Asaltaron después las dos columnas reunidas á El-Matarieh bajo una granizada de balas, arrollaron á la bayoneta á los turcos que les hacían frente, y después de gran carnicería se enseñorearon de la posición. Huyeron los turcos á la llanura, y juntándose con los que acababan de dispersar nuestros guías, cazadores y dragones, corrieron desordenadamente hacia el Cairo, capitaneados por Nassif-Bajá, lugarteniente del gran visir.

El pueblo de El-Matarieh, cubierto de despojos á la manera oriental, ofrecía á nuestros soldados rico botín; mas no se detuvieron á recogerlo, pues soldados y ge-

nerales comprendían todos la necesidad de no dejarse sorprender dentro de un pueblo por la masa de las tropas turcas. Volviendo á tomar poco á poco su disposición de por la mañana, se adelantó el ejército por la llanura formando nuevamente en diversos cuadros con la caballería en el centro. Dejó atrás las ruinas de Heliópolis, y divisó hacia el horizonte una nube de polvo que se levantaba rápidamente viniendo hacia nosotros. Mostrábase á la izquierda el pueblo de Seriaquous; á la derecha, en medio de un bosque de palmeras, el pueblo de El-Merg, situado al borde de un pequeño lago que lleva el nombre de lago de los Peregrinos; unía á entrambos una ligera elevación del terreno. Detúvose repentinamente aquella nube de polvo, luego la disipó una ráfaga de viento, y apareció el ejército turco formando una línea prolongada y ondulosa desde Seriaquous á El-Merg. Situado sobre la mencionada elevación del terreno, dominaba algo la llanura en que estaban desplegadas nuestras tropas. Mandó Kléber entonces marchar adelante; Reynier con los dos cuadros de la izquierda se adelantó hacia Seriaquous, y Friant hacia El-Merg con los dos cuadros de la derecha. Había hecho adelantar el enemigo un número considerable de tiradores desparramándolos más acá de las palmeras que rodean á El-Merg, pero aquellos soldados mal podían resistir á los nuestros. Envió Friant contra ellos algunas compañías de infantería ligera, y los turcos destacados tuvieron que ponerse en cobro rápidamente, incorporándose otra vez con la masa confusa de su ejército. Hallábase allí el gran visir en un grupo de jinetes cuyas brillantes armaduras reverberaban al sol. Dispersaron aquel grupo unos cuantos tiros de obús; quiso responder el enemigo haciendo jugar su artillería, pero sus balas mal dirigidas pasaban por encima de nuestros soldados. Sus piezas quedaron en breve desmontadas por las nuestras y fuera de combate. Viéronse agitar entonces las mil banderas del ejército turco, y caer una parte considerable de sus escuadrones desde el pueblo de El-Merg sobre los cuadros de la división de Friant. Las hondas quebraduras del terreno, efecto natural de un sol ardiente en una tierra inundada largo tiempo, retrasaban felizmente la velocidad de sus impetuosos caballos. El general Friant dejó que se le acercase aquella caballería, y mandando de repente descargar contra ella á metralla casi á quemarropa, derribó á centenares de jinetes; todos los demás huyeron desordenadamente.

No era aquello más que el preludio de un ataque general, para el cual el ejército turco se disponía visiblemente. Nuestros cuadros esperaban á pie firme, dos á la derecha, dos á la izquierda, y la caballería en el centro, haciendo frente atrás y adelante, y protegida con dos líneas de artillería. A una señal dada por el gran visir, arranca de golpe contra nuestros cuadros la masa entera de la caballería turca, se desparrama por nuestras alas, les da la vuelta, y cerca rápidamente los cuatro frentes de nuestro orden de batalla. La infantería francesa, á quien no causan la menor turbación los gritos, el movimiento y el tumulto de la caballería turca, permanece serena con la bayoneta calada y dirigiéndola un fuego continuo y certero. En vano giran confusamente á su alrededor aquellos numerosos grupos de jinetes; las balas y la metralla los derriban á centenares;

rara vez llegan hasta sus bayonetas, y cuando osan acercarse, ó expiran á sus pies, ó vuelven á huir precipitados para no presentarse más en la pelea.

Después de una larga y espantosa confusión, despéjase el cielo antes oscurecido por el humo y el polvo, descúbrese el terreno, y nuestras tropas victoriosas advierten el campo sembrado de hombres y caballos, muertos ó moribundos, y á lo lejos, hacia el último confín á que puede alcanzar la vista, varios grupos dispersos corriendo en todas direcciones.

El grueso de las fuerzas turcas se retiraba en efecto hacia El-Kanqah, camino del bajo Egipto, donde habían acampado la noche precedente. Sólo unos cuantos grupos iban á reunirse con los destacamentos que por la mañana llevó hacia el Cairo el lugarteniente del gran visir Nassif Bajá.

No quería Kléber dar descanso al enemigo. Nuestros cuadros, conservando su orden de batalla, atravesaron la llanura rápidamente, traspasando á Seriaquous y El-Merg, y se adelantaron hasta El-Kanqah. Llegamos allí de noche, y el enemigo, viéndose estrechado tan de cerca, emprendió nueva y desordenada fuga, dejando en poder de nuestro ejército víveres y bagajes que le eran tan indispensables.

Así, pues, diez mil soldados solamente, por el influjo de la disciplina y de una serena bizarría, acababan de dispersar en la llanura de Heliópolis á setenta ú ochenta mil enemigos. Pero para que el resultado fuese más importante, y no se limitase á haber dejado tendidos en el polvo unos cuantos miles de muertos ó heridos, era preciso perseguir á los turcos, repelerlos al desierto y hacerlos perecer allí por el hambre, la sed y el alfanje de los árabes. El ejército francés estaba rendido de fatiga; concedióle Kléber un momento de descanso, y mandó emprender la persecución al siguiente día.

Los muertos y heridos por nuestra parte apenas llegaban á doscientos ó trescientos, pues en aquella especie de combate sufre pocas pérdidas una tropa en cuadro que no se deja romper. Kléber en aquel momento oía hacia el lado del Cairo un sordo cañoneo, y sospechó que los cuerpos que habían rodeado su ala izquierda, hubiesen ido á sostener el levantamiento de aquella ciudad. En efecto, Nassif-Bajá, lugarteniente del visir, é Ibrahim-Bey, uno de los dos jefes mamelucos, habían penetrado en ella con dos mil de estos últimos, ocho ó diez mil jinetes turcos y algunos lugareños insurreccionados de las cercanías, formando entre todos unos veinte mil hombres. La guarnición que había dejado Kléber en aquella gran capital llegaba apenas á dos mil hombres repartidos entre los fuertes y la ciudadela; trató de reforzarla, y envió á media noche al general Lagrange con cuatro batallones en su socorro. Prescribió á todos los comandantes de las tropas que habían quedado en el Cairo que tomasen fuertes posiciones, y que se mantuviesen en comunicación unos con otros, pero sin intentar ataque ninguno decisivo antes de su vuelta. Temía que emprendiesen alguna falsa maniobra, exponiendo inútilmente sus soldados, cuyo número iba siendo cada día más precioso, á medida que iban faltando las esperanzas de un pronto regreso á Europa.

Todo el tiempo que duró la batalla, el segundo jefe de los mamelucos Murad-Bey, el mismo que en otro tiempo había compartido con Ibrahim-Bey la domina-